

chado los gritos de horror, las bascas de la muerte, las agonías de la nada que se exhalan de sus páginas. Pascal se avanza hasta el márgen del abismo que cobija los misterios cristianos, asoma pálida la cabeza, sus ojos despavoridos sondean la concavidad espantosa, el vértigo arremolina sus potencias, y apenas halla algunos monosílabos para responderse á sí mismo. Su lengua es una lógica de desesperacion, un aniquilamiento del hombre en presencia del destino que confunde la mente del filósofo, quien, incapaz de llegar á una conclusion abdica su propio sér; suicidio de la metafísica que ante la fé se anonada. El ascético algebrista compendia su pensamiento y su lengua, deseoso de reducir las en fórmulas, pues las palabras le son importunas y quisiera escribir con cifras; tal es el origen de su desórden en la expresion, de su vigor en el estilo, de su concision rigurosa en los términos, de su fulminante laconismo. La lengua debe precision y firmeza á este implacable solitario que desalmado mutiló á la razon humana. Como Gilbert en poesia, el delirio hace remontar su expresion y da vuelo á su pensamiento; pero ¿quien osará cercenar á Pascal y á Gilbert de la lengua francesa?

XIX

La Fontaine es en nuestro concepto una preocupacion de nuestro país. El carácter enteramente galo de este poeta, lo acredita para con una posteridad igualmente gala, y lo hace popular á pesar de sus negligencias, inmoralidad, imperfecciones é indigencia de invencion. Imitador ó por mejor decir traductor sin escrúpulo de todo lo que cae bajo su pluma, no cuenta entre sus obras segun el dictámen unánime de los comentadores mas fanáticos de este plagiarío amnistiado con tanta indulgencia, una sola de sus fábulas, ó uno solo de sus cuentos cuyo fondo sea de su propia invencion; y sus apólogos proceden exclusivamente de Lokman, Esopo ó Fedro, mientras que Bocacio y los poetas licenciosos de Italia pueden reclamar sus cuentos.

A lo cual responden sus partidarios: sus fábulas le pertenecen por derecho de conquista y de aclimatacion operada por su genio. No queremos contestar este pretendido genio que es el de la intriga, puerilidad y liviandad, tres caracteres juzgados vicios en otros escritores, y que en La Fontaine presentan á veces una gracia poco decorosa. A esto debe atribuirse que, con gran detrimento de la moral nacional, lo honre la rutina y lo perdone la indulgencia; pero la gran poesia nunca lo incluirá entre sus

miembros seculares. A excepcion de algunos prólogos cortos y realmente inimitables de sus fábulas, su estilo es vulgar, poco armónico, dislocado, lleno de construcciones oscuras, estrafalarias, intrincadas, cuyo sentido se desprende penosamente y á fuerza de circunlocuciones prosáicas. Así sus páginas no son ni verso ni prosa, sino algo que pudiera denominarse los limbos del pensamiento.

Sus cuentos, infinitamente superiores por la versificación, son obscenos cuando sus modelos italianos no pasan de ligeros y resbaladizos. Bocacio su maestro tiene mil veces mas imaginacion, mas flexibilidad, mas efecto pintoresco, mas gracia en su sonrisa, mas donaire en su narracion. Por otra parte, si el Ariosto merece intitularse el Homero del género jocoso, es necesario reconocer que La Fontaine lo remeda sin poder nunca igualarlo. Todo el que haya leído la *Yoconda* original y la *Yoconda* de La Fontaine, reconocerá que media entre ambos poemas la distancia de la gracia á la corrupcion. No obstante conviene reconocer que al paso que ha corrompido la moral de la infancia y los corazones de la juventud, La Fontaine ha merecido bien de la lengua por haberle restituido algunos giros galos que son por decirlo así las fechas de su origen y las familiaridades de su genio. Así se le ha concedido el dictado del niño viejo de su siglo; y en efecto La Fontaine es el niño de la literatura francesa, pero niño vicioso.

XX

Los predicadores célebres de aquella época, como Bourdaloue y Masillon, no reconocen vasallage alguno y son tan originales en la forma como en el fondo. La antigüedad carecia de esa elocuencia serena é imperiosa que hablaba á la conciencia en nombre del cielo, y esos profetas oradores de la Iglesia llegada á ser literaria, dotaron al idioma, juntamente con el período de Ciceron, de la gravedad, magestad y autoridad del acento que hasta aquel entonces faltaba al genio galo. En efecto la lengua llegó á efectuarse en los libros, á pulimentarse en las cortes, á virilizarse en el púlpito; y á la elegancia de la conversacion, la armonía de los versos y la energía del teatro, se agregó la fulminante elocuencia en la cátedra del Espíritu Santo.

XXI

Por lo que concierne á la historia, no tenia á la sazón bastante edad, ni profundidad suficiente, ni la independenciam requerida, ni sobretodo la política militante, ciñéndose á una narracion á manera de cuento, poema ó crónica, cuando un Tácito inculto,

San Simon, demasiado vehemente y apasionado para seguir modelo alguno, le comunicó de repente la originalidad de su carácter. Ni Grecia, ni Roma, ni nacion alguna de la Europa moderna pueden blasonar de monumento semejante de lengua é historia, en el cual el drama palpitante reemplaza á la pálida narracion, la desnudez al ropage, y al retrato el hombre lleno de vida y movimiento con toda la belleza y deformidad que le deparó la naturaleza. En sus Memorias el historiador francés nos ha legado la fotografia del siglo, y en sus animadas páginas, vemos á un rey pujante y gastado por el placer, con su correspondiente corte de palaciegos, cortesanos, aduladores, ambiciosos, taimados hipócritas, hombres de bien, antes perversos, mugeres casquivanas, pontífices de la religion; en una palabra, vemos una nacion entera cogida al paso en su movimiento mas acelerado y reproducida no solamente con el arte, sino con pasion, esto es, con el agente colorista por excelencia, porque no toma sus tintes en la paleta sino los encuentra en su propio sér. El mayor pintor, y por consiguiente el mas verdadero, es el que mas ama ó aborrece á sus modelos.

Tal es San Simon, historiador por acaso, moralista por explosion, filósofo á impulso de la cólera, satírico por acrimonia, virtuoso por hastío. Atesorando el vigor de Tácito y la virulencia de Juvenal, su brazo atlético hace plegar la lengua al grado de su encono ó de sus afectos. Su estilo sin trabazon,

tosco, escabroso, lleno de choques y rechoques, rompe y hace estrellar en mil fragmentos el período, ó lo vierte en olas espumantes de frases vigorosas que arrastran al alma de sus lectores en la extravasacion de sus impresiones.

Despues de San Simon la lengua histórica se halla formada, pero yace en polvo, no quedando á la posteridad mas que el recoger los fragmentos y recomponer su estructura para formar el idioma mas histórico, esto es, el mas lapidario y escultural en que, para las razas futuras, haya escrito un autor moderno.

XXII

Molière, aunque amigo y discípulo del imitador Boileau, es completamente original, lo cual no debe sorprender si se considera la naturaleza del arte que cultiva. En efecto, un poeta trágico ó épico como Corneille ó Racine, puede imitar la antigüedad porque pinta la fabula ó la historia, cuya naturaleza se presta al trage y pasiones de todos tiempos; pero la comedia es la pintura de las costumbres, y el poeta cómico no es acreedor á este título, á menos de ser verdadero y elegir sus modelos, colores y aventuras, no en añejas usanzas, sino en vivas costumbres.

Así su originalidad es forzosa si se considera que se ve obligado á copiar no lo que ha leído, sino lo que tiene delante de sus ojos, lo que le sugieren las costumbres de su época y país. ¿Qué pueblo podría interesarse en una comedia de Menandro ó Terencio? Para ello sería necesario un público de eruditos y académicos. Así, á pesar del carácter eminentemente clásico y á veces latino de su dición en verso, Molière llega á ser en sus comedias completamente francés, y por el hecho mismo completamente original.

Prescindirémos de si debe ó no ser incluido en el gremio de los poetas, como igualmente de si basta, para merecer tan glorioso título, haber escrito ingeniosamente la sátira ó versificado el diálogo cómico. Tampoco es nuestro intento examinar, si la pintura de las costumbres y la poesía son dos cosas muy diferentes en el fondo aunque análogas en apariencia, mediante una lengua caracterizada por el ritmo y el consonante. Todas esas cuestiones procuraremos resolverlas cuando examinaremos las obras del mayor cómico de todos tiempos y naciones; bástenos por el momento insinuar que, en el fulguroso siglo de Luis XIV, cuando flotaba indeciso el genio francés entre la imitación servil y la originalidad independiente, la comedia inventaba mientras imitaba la tragedia. La gloria de Molière consiste en haber guardado su propia personalidad, y la nación supo agradecerle el haberle enseñado á creer en su propio genio. Si Molière no es el mayor poeta de

nuestra lengua, es á lo menos el pintor y moralista nacional por excelencia.

Lo mismo puede decirse, si bien á una distancia inmensa, de La Bruyère, á quien puede nominarse un Molière en máximas y un San Simon en miniatura. La Bruyère á nadie imita, salvo á Séneca en el pensamiento y á Teofrasto en la brevedad, pero fortifica la lengua, estrechándola como se fortifica una cuerda demasiado floja mediante un nudo que centupla su fuerza. La lengua francesa, en este escritor, llega á ser como una álgebra de pensamientos; mérito nulo para la elocuencia y poesía pero capital para la filosofía y la ciencia. Ahora bien, si se considera que el francés debia ser un día la lengua de la ciencia, de la industria y economía política; si se considera que estaba destinado á abreviarlo todo formándolo todo, se puede decir que La Bruyère es acreedor á nuestro respecto y reconocimiento.

XXIII

Pero el mas incontestable de los escritores originales que dieron un idioma propio á la Francia, y un órgano al corazón, es una muger. Inútil es decir que aludimos á M^{ma} de Sévigné. ¿Qué hubiera podido imitar, aun cuando así lo hubiese querido, tan amable criatura? ¿Acaso no es enteramente original el sentimiento, aun cuando sea plagiaria la razón?

Escritor lleno de calor y simpatía, genio del hogar, espíritu doméstico, había nacido para volver al francés, demasiado magestuoso y tirante por los esfuerzos de los imitadores de la literatura clásica, la flexible elasticidad, la pastosidad en los toques, la suavidad medulosa, la volubilidad del sentido, la melodía en los giros, el gracejo de las palabras. Bajo la pluma viril de los escritores del siglo mas glorioso que recuerdan nuestros anales, el francés había llegado á ser la lengua del púlpito, la lengua de las cancillerías, la lengua impresa; M^{ma} de Sévigné la dispuso y plegó á familiaridad, pues el habla humano no sirve solo para la pluma, sino para las sabrosas pláticas y amistosa conversacion. Ahora bien, la conversacion entre dos personas ausentes es la correspondencia, y á M^{ma} de Sévigné cabe la gloria de haber abierto al idioma el cauce de la elegante familiaridad en sus cartas, que pueden denominarse una conversacion fijada.

Este estilo de M^{ma} de Sévigné, cuya forma y espíritu hallamos á cada instante en la lengua francesa desde que vió por la primera vez la luz la correspondencia de la decidora marquesa, es el modelo verdaderamente original que puede presentar nuestro idioma sin temor de rivalidad á todas las literaturas antiguas y modernas, modelo que parece el sello mismo de la Francia aplicado sobre el glorioso testamento de su mayor siglo.

XXIV

Tal es nuestra opinion sobre el estilo de M^{ma} de Sévigné, estilo francés por excelencia.

El estilo es el hombre, dice Buffon; pero, al escribir esta expresion aforística, el gran naturalista formulaba lo que debiera ser y no lo que es en efecto, pues á menudo en vez de ser el hombre, no pasá del escritor, y el arte se interpone entre éste y su obra, en términos que vemos el talento y no la verdadera indole. El esfuerzo supremo de los grandes ingenios es anonadar en sí el talento y solo expresar la individualidad, pero para lograr este intento, conviene que la sensibilidad sobrepuje al arte, en otros términos es necesario que se distingan los escritores, mas por el corazon que por la inteligencia.

¿Cuántos libros hay por siglo, y aun en todos los publicados hasta la época presente, que presenten ese carácter y den del alma una impresion mas viva que la del genio? Tres ó cuatro cuando mas, pues las mas de las veces el libro sirve de máscara al autor. ¿Y porqué? Porque toda publicacion es una obra de arte ó de voluntad en que el autor se propone un fin y se muestra no como es, sino como anhela parecer.

Errado andaria quien buscasse el estilo en los

libros, pues es cabalmente donde no se encuentra; me engaño, se encuentra, pero en los libros compuestos sin prevision de publicidad, esto es, en las cartas. En la correspondencia epistolar se muestra en efecto sencilla la expresion, mientras que en las obras didácticas la vemos vestida y acicalada con esmero; advirtiendole que en el estilo como la escultura, solo es bella la desnudez, pues la carne es obra de la naturaleza, mientras que el ropaje es invencion humana. El que quiera ver la belleza, desnude la estatua; principio no menos verdadero en lo concerniente al cuerpo que por lo que compete al alma.

Lo que mas nos place y domina en los grandes escritores, no son sus obras, sino sus propias personas, y así antepone las obras en que dejaron mayor parte de su propia individualidad á las escritas con el tono altisonante ó con la afectacion remilgada que la vanidad inspira. ¿Quién no preferirá mil veces una epístola de Ciceron á una arenga del mismo autor, una carta de Voltaire á las tragedias del publicista francés, la brillante correspondencia de M^{ma} de Sévigné á las novelas de M^{lle} de Scudéry, denominada Safo por su brillante contemporánea cuya modestia nunca hubiera osado abarcar la gloria de la autora de *Ciro* y de *Casandra*? Seguramente inmenso es el mérito de los citados ingenios en sus obras artísticamente premeditadas, pero su verdadero estilo campea únicamente en sus cartas, porque sin declamacion campanuda ni pre-

tension al estilo, reproducen en el papel ligero sus emociones momentáneas, confabulando natural y amenamente en vez de escribir con énfasis y simetría. Así en su correspondencia, vemos su mismo pensamiento, y no la rigidez del modelo académico ni el eterno artificio de toda persona que arenga al público.

XXV

De todas las facultades que pueden condecorar al ingenio, la mas difícil de caracterizar en nuestro concepto es el estilo, en términos que si nos viésemos obligados á definirlo, lo efectuaríamos mediante una analogía con algo que escapa á toda definicion, como la fisonomia humana. Así diremos que el estilo es la fisonomía del pensamiento.

Contemplad atentamente los rostros de vuestros semejantes, y procuraos explicaros porque el de tal persona os subyuga y fascina, mientras que de otras os repele ú os deja en la indiferencia; y decidme, si podeis, en que parte, en que facion del rostro reside la fuerza misteriosa que os encanta ú os afecta antipáticamente. ¿Acaso en el óvalo mas ó menos regular del contorno, ó en la línea mas ó menos griega de la frente? ¿Procede por ventura del globo mas ó menos hundido del ojo, de los reflejos del iris, ó de la magia de la mirada? ¿Estriba